

— Pero ¿adónde vais á parar?

— ¡Ah! ¿me prohibís insistir? En hora buena; no insisto, pues. Sin embargo, bien ordenadas estas frutas en mesas bien puestas, no dejarían de llamar la atención. ¿Qué os han hecho estas apetitosas peras, estas sonrosadas manzanas, estos amarillos albérrichos, estas uvas tan gruesas como ciruelas y estas ciruelas tan finas como uvas? Oled, á lo menos, oled el exquisito perfume de estas frambuesas...

En verdad lleváis un paso que apenas se os puede seguir. Huís de estas *frutertias* y ni queréis saber dónde están los huertos en que se crían estos primores de la mesa, ni menos permitís que os enumere algunos de los más preciosos ejemplares de los árboles forestales. Bien sé que los viveros abundan en vegetales de nombres ásperos y duros; pero, en fin, leed siquiera los rótulos de este grupo de olmos: *Ulmus modiolina*, *ulmus campestris latifolia*, *ulmus fulva*, *ulmus paniculata*...

Verdaderamente esto suena al oído como injurias pronunciadas en latín, lengua que se atreve á todo. Pero esto no es nada aún; leed en el grupo inmediato:

Gledixhia Bijoti pendula, *Crataegus oxycantha flore roseo pleno*, *Kœlreutheria paniculata*.

¿No es verdad que da miedo acercarse al latín? Pero seamos justos; si es difícil de entender, es magnífico de ver.

Por lo demás, los jardineros tienen una nomenclatura de productos que no tiene igual, en horror, á no ser la de los boticarios. Perdonémosles la ridiculez en gracia de lo que hacen para nuestro encanto. ¡Enriquecen nuestros parques y bosquetes de árboles y arbustos tan bien armonizados entre sí! De horticultores han venido á ser decoradores. ¿Qué efectos no obtienen en las masas con arcos rojos y arcos blancos, con los álamos, los fresnos y las hayas? Saben hacer de un soto un verdadero ramo por el tono de los follajes. En las perspectivas prodigan las coníferas de poderosos perfiles, siendo las siluetas el objeto de su atención tanto como los colores. Saludemos á estos paisajistas, que disponen las grandes líneas de sus plantaciones como hacen los pintores de frescos y arreglan los jardines con el gusto de verdaderos miniaturistas.

Si queréis que resuma en cuatro rasgos el carácter de la horticultura actual, como se dibuja en el Trocadero, he de deciros lo siguiente: Se procura establecer grandes conjuntos de bosque y se da á las guarniciones de los canastillos toda la viveza posible, por la oposición de los verdes, de las formas y de las flores. Las coníferas hacen furor justamente, porque unen con perfección las grandes masas sombreantes con los grandes cespedales descubiertos y los parterres asoleados. En cuanto á follaje, la moda quiere vegetaciones altas; en cuanto á flores, se está por las bisuterías de las orquídeas, de las verbenas, de las gloxinias, de las floxias, por las bolas multicolores de las dalias, que se acumulan con exceso, por las rarezas de los amarantos de cresta de gallo. En fin, la característica del arte del jardinero en estos fines de siglo es el gusto decorativo.

Pero os veo distraída, señora mía, por las ráfagas de música que vienen de allá arriba. ¿Qué concierto es ese? me preguntáis. Acerquémonos, si queréis. En la terraza de un café pseudo-moruno, una orquesta de mujeres vienesas, adornadas con bandas de los colores franceses, entona ó desentona una fantasía del Fausto. ¡Moruno, austriaco, francés, Gounod!... ¡Diablo! He aquí el exotismo y la internacionalidad en toda la gloria de su gatuperio.

URBANO TAUNAY



Entrada del café moruno

EL CAFÉ MORUNO

Bajo unos vidrios pintorreados de rojo, y cubierto durante el día con un toldo blanco para resguardarse de los rayos del sol, álzase un estrado cargado de negras acurrucadas, de africanos de diversas razas, inmóviles como estatuas y mudos; y al rededor se apiña un público de músicos ruidosos, de extranjeros correctos y asombrados, de hombres corridos en busca de sensaciones fuertes. Hay en el estrado, músicos rabiosos digámoslo así para ponderar su feroz entusiasmo, y bailarinas gordinflonas, afeitadas ó sea cubiertas de afeites y relucientes de oropeles, equívocas doncellas, pues no se sabe bien á qué sexo pertenecen, sonriendo lánguida y vulgarmente y empaquetadas en camisas blancas ó rosadas con velos de crespón de colores chillones y sembrados de estrellas.

En el diván que circula en el fondo del estrado á manera de alcoba, espera el obligado trío de músicos, mestizos de judíos ó de malteses y moros. Un joven de bigote negro y lustroso rasca luego un mal violín de pacotilla, enteramente blanco de colofonia. Un viejo sal y pimienta, de perfil de chivo soñoliento, rasca á su vez con su arco de escasas



Bailarina judía

una sonrisa entre estúpida y picaresca, son sencillamente bailarinas reclutadas en las ciudades del litoral.

En vano acuden á nuestra memoria los versos de un cantor del Sahara, que decía de una de ellas:

«Es la más esbelta de las gacelas; su talle es tan flexible como la palmera; su andar turba á quien la mira, porque avanza balanceándose muellemente semejante á la palma movida suavemente por el céfiro. Y ¿cómo mira ella? Sus ojos son flechas.»

Esto que se pinta maliciosamente en nuestra memoria, mata lo que tenemos á la vista, y á pesar de un amigo entusiasta, que querría saber los nombres, las especialidades, y aun la historia de estas apariciones, rehusamos resueltamente interrogar á cualquier insidioso cornac. Afirmamos que todas ellas se llaman la *bella Fátima* ó la *bella Feridje*, y no queremos saber en qué café de Argel ó de Constantina han lucido sus medianas caras de huries.

Así pues, sin querer descubrir nada, dejemos que se zarandeen al monótono son de las ras-

crines un rabel de dos cuerdas, hueco como un barco de niños; y al lado de ellos se ostenta en su amplia túnica violada con flores doradas la madre de toda la *smala*, la patrona, la regenta de este café de melopeas y danzas umbilicales.

Ya se la adivina, joven aún, y ya desfigurada por esa fatal gordura del Oriente, que hace en pocos años de la nerviosa bailarina adolescente un saco bien henchido con ojos infantiles y una risa ingenua en una cara de pan de pascua.

La gruesa patrona araña un bandolín y da el compás, compás un poco pausado, á las danzas y canciones que alternan al son de un falsete gangoso.

En dos racimos tornasolados ó cambiantes de oro y colores desmayados, porflan en competencia las moras y las Uled-Nails de reputación atractiva, las hijas de la tribu de la belleza voluptuosa, que tienen fama en toda el Africa. Después de los viajeros, los barnums, aclaradores de los exotismos anunciados, nos habían contado muchas curiosidades acerca de las moras, que hubieron de vacilar en salir de su país, temiendo que les faltara en París agua para sus abluciones religiosas.

Esas tres Gracias, un tanto gruesas, con sus calzones follados, el talle á sus anchas y la boca entreabierta con



Uno de los músicos árabes



Tipos del café moruno.

cadras cuerdas esos dos sacos bien henchidos con sus calzones follados.

Ni el juego de los pañuelos que sacuden al aire con perezoso brazo, ni su torpe ó inhábil ó desgraciado caracoleo de potranca, ni el movimiento giratorio de sus caderas exagerado por los paños podrían tener para nosotros un sentido ó un alcance cualquiera. Para poner-

se en aptitud, es preciso oír el grito agudo y casi metálico de un clarinete corto de boj ó *ritha* con acompañamiento de los precipitados golpes de un tam-tam de breve y seca resonancia.

Las cinco ó seis notas que da el boj con volubilidad creciente y el rebote continuo de los palillos sobre la estirada piel, penetran el oído, lo atormentan con extraño placer y nos lanzan á un vértigo acelerado que estremece el corazón y las fibras todas y hacen pasar chispas ante los ojos por el hecho brutal del ruido.

Este sacudimiento físico termina con el extravagante pataleo de una negra de edad, que atrae esta rodante y desgarradora música.

En efecto, puesta en cuclillas y hecha un bulto con el vientre y pechos colgantes, sin otra señal de vida que un grito gutural que excitaba á las bailarinas, y sin que su busto, su cuello ni cabeza tuvieran una inflexión ó movimiento, la arrastrada negra, descalza, aunque con medias gastadas de tantos días de ejercicio, entra en compás y al son de la rabiosa música, frota, patea, trabaja el suelo con el frenético batidero de sus anchos pies y con un incesante estremecimiento de sus piernas, que por lejanas analogías nos imponen la visión de una escena sabática, de un infernal pataleo, lucha ó placer en el fondo de las tinieblas pobladas de figuras diabólicas con cuerpos de machos cabríos.

Todavía poseído de esta impresión grosera y elemental, vibrando del rechazo de este pateo semi-animal, se entretiene uno en esta embriaguez del sonido oyendo al otro lado el ritmo de otra danza del Africa



Rincón del estrado de las bailarinas



Uled-Nail ejecutando el baile de los sables

central, sin siquiera las cinco ó seis notas de una flauta ó de un caramillo, nada más que un ritmo crepitante de crócalos de hierro sobre la base de un bombo ó gran tambor sordo rodeado de un paño.

La bailarina negra, lo mismo que un autómeta, sin que se mueva un músculo de su semblante, metida en su túnica blanca, salta á compás ya con un pie, ya con otro.

Y con los ojos cerrados ante esta danza despreciable, deléitase uno todavía con el salvaje ruido de las castañetas de hierro que acompaña la especie de bramido de la caja sorda, y sin ningún esfuerzo se crea la imaginación una ceremonia de alegría sanguinaria, ejecución ó sacrificio, cuyo horror debía exaltar aun semejante música.

Después, el agrio clarinete y el precipitado redoble del tam-tam cambian el ritmo y la música, y surge á la vista una aparición verdaderamente curiosa.

Los bruscos movimientos de un vientre dislocado en circunflejo ó en losange, la rotación de una bailarina, acompasada por una leve cojera, no

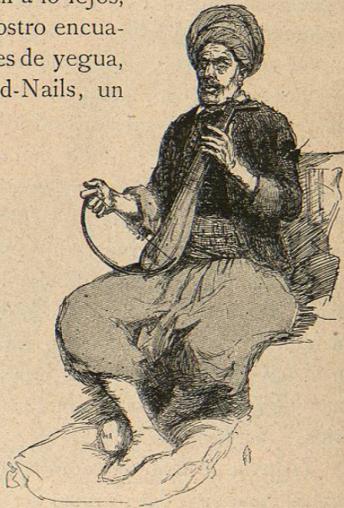
os dirían nada aún, y aun fugaz sería vuestra curiosidad por esta viva dislocación localizada al vientre en un cuerpo que gira impasible.

Pero esta vez tenéis delante otra cosa muy distinta de un mestizo en que los rasgos característicos se empastan y borran.

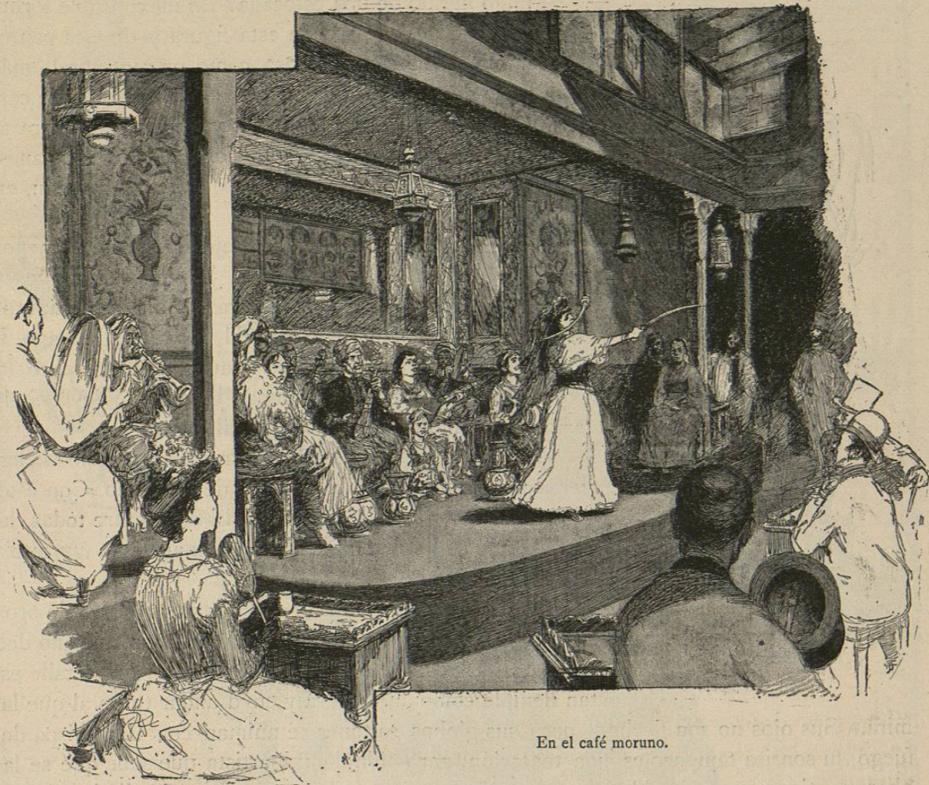
Esta joven, de ojos duros, ojos nómadas que miran á lo lejos, de tez apenas curtida y avivada con rojos afeites, de rostro encuadrado en trenzas pendientes, negras y recias como crines de yegua, de seno y brazos dibujados de azul, es una de las Uled-Nails, un tipo marcado de hija del desierto; y el husmillo que sale de sus ropas, ese husmillo que armoniza tan bien su viva nota salvaje y el sobreagudo gorjeo del clarinete, es salvaje y verdadero como ella misma.

¡Y cómo se destaca este tipo, al fin natural, por su efecto y para el placer de la vista, en medio de los paños y velos que la cubren! ¡Qué feliz combinación de matices y qué dulce contraste el de ese vestido de color de rosa pálido, en transparente bajo un dibujo de mallas y flores blancas, con el ligero velo verde claro, de un verde de primavera con reflejos de sol, que flota libremente sobre los hombros y al rededor del atezado rostro encuadrado en negras trenzas!

Los ojos que acechan la seducción de los movi-



El tañedor de rabel



En el café moruno.

mientos tienen aquí la sorpresa de la dulce lucha de esos dos matices y vedlos ya casi reconciliados.

En fin, después de largos preludios para divertir al público, la mezcla de una mímica de cimitarras y de un contoneo de caderas, siempre al mismo paso cojo, ofréncenos su poema enigmático y cruel.

Una reducción del tipo que acaba de dejar la escena, avanza luego, un ser casi delicado, perdido en su blanca túnica flotante, un pilluelo equívoco por cuanto puede ser también una muchacha de doce ó trece años, de formas un tanto mórbidas, de franca sonrisa y mirando de través con sus grandes ojos negros. Trenzas de negro pelo encuadran su cara andrógina; sus caderas, bien marcadas, se mueven con cierto contoneo, pero su pecho bajo los flotantes paños, sólo se deja adivinar insexual y nervioso, y tiene en las manos sendas cimitarras que hace girar con un vigor y una ligereza verdaderamente sorprendentes.

La impresión vacila y queda en suspenso ante las evoluciones de esta dudosa figura, de morbidez femenina y de nervio viril, que hace pensar en Aquiles criado entre los husos femeniles y ejercitándose ya en las futuras razzias.

¿Quién es ese otro personaje con enaguas y yatagán y qué nueva danza es esa?

¡Bah! ¿qué importan su nombre, su tribu, su sexo, el preciso detalle de la bufonería de los sables que ejecuta imitando al jinete cabalgando en su desbocado corcel ó al ene-